

EL CASTELLANO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Año I.

TENDILLAS, 21

TOLEDO 30 DE MARZO DE 1904

SUSCRIPCIÓN

Trimestre 075
Año 275

Núm. 10.

ANUNCIOS ECONÓMICOS

PAGO ADELANTADO

La soledad de María.

Graves y perentorias ocupaciones hánme impedido acceder á los ruegos del Director de EL CASTELLANO. Pedíame unas líneas para el extraordinario de este periódico en la presente Semana Santa, y faltándome tiempo para dictarlas y mucho más para escribirlas, no me había sido posible complacerle. Pero hoy insiste con nuevos bríos, y, en su afán de honrar mi firma, se contenta con una cuartilla, con un pensamiento, con una frase sobre los sublimes misterios que en estos días recuerda la Iglesia; y, aunque con un pie en el estríbo para salir de Toledo, me es forzoso darle gusto. La amistad que á ambos nos une, quedaría muy mal parada si obrara yo de otro modo. Así que, para contento suyo y mortificación mía por no poder escribir algo digno de las firmas que han de abrillantar el número de su publicación, consagrado á conmemorar los grandiosos episodios de la Pasión del Dios-Nombre, allá va el pensamiento que me sugiere la soledad de la Virgen Nazarena, que todos ponderamos y pocos ó ninguno comprendemos.

La soledad de María ni puede representarse ni describirse. Trabajan en vano cuantos se esfuerzan por sensibilizarla. El Evangelio, que bosqueja las alegrías de esa Mujer singular y descubre aunque ligeramente sus dolores inefables, no tiene ni una palabra siquiera para la soledad de la Virgen: es que el hombre no puede formarse idea adecuada de lo que fué aquella soledad. María, la Madre de Dios, se encuentra sola por vez primera de su portentosa vida, sola la que en su infancia se vió siempre acompañada cuando contemplaba á las muchedumbres hebreas dirigirse á Jerusalén desde las orillas del Nilo, del Tigris y del Eufrates, sola y sin ayuda la que era escoltada por los Ángeles cuando admiraba las frondosas arboledas de Siquén y los altísimos picos de Nebal, y cuando atravesaba las montañas de la Siria, y cuando se recreaba en la robusta vegetación del Líbano, sola hoy que tiene pesares que la agobian, hoy que su corazón quiere estallar en el pecho. ¿Quién será capaz de comprender esto, de penetrar en el estado del ánimo de esa Madre sin segunda, de tocar el fondo de esa alma abrevada de amargura?

Los oradores sagrados hacen esfuerzos titánicos para sondear este abismo, pero no llegan á conseguirlo. El primer sermón de soledad aun está por escribir. Los que andan impresos son sermones de dolores con un título robado á un asunto muy distinto.

Y es que la soledad de María es algo que se escapa á la perspicacia humana, algo que transcende del dolor y de la pena, algo que no se describe ni se pinta ni se palpa. Las estepas del Volga, las pampas de América, el silencio que en las alturas observan los aeronautas y el mutismo que se advierte en las regiones etéreas, podrán servirnos de norma para concebir la soledad de la naturaleza, mas no para conocer la soledad de María. Esta soledad inenarrable no fué material ni física ni pudo en el mundo de los cuerpos tener grabada su imagen; es superior á todo esto, porque fué desolación de espíritu. Después del entierro de su hijo, la Virgen no estuvo nunca materialmente sola. El Amado de Jesús, el Evangelista San Juan, la recibió como madre suya en la cumbre del Calvario, y ni él ni las piadosas mujeres

que lloraron en la muerte del Justo, es de presumir abandonasen á María en su terrible desgracia. Y sin embargo, la Iglesia nos dice con gran verdad que allí no había quien consolase á María, que Ésta quedó sola, sin auxilio, sin alivio, sin consuelo.

¿Qué soledad fué, pues, la soledad de la Virgen? ¿Qué definición merece? ¿Cómo se podrá expresar? Si al responder á estas pre-

en el Testamento Antiguo, ó en su forma completa «*Josué*» ó en la abreviada *Iesú*; y así vemos que le llevó el caudillo que introdujo á Israel en Palestina y el primer gran sacerdote del templo después de la cautividad. Hablando el *Eclesiástico* de *Josué*, dice que «*fué grande conforme á la significación de su nombre.*»

No fué impuesto por la madre, según costumbre hebrea, sino por el Padre celestial, y así dijo el Ángel á San José: «*Le llamarás*



guntas yo quisiera valerme de una frase breve y gráfica para definir el estado de María una vez sepultado Cristo, diría que la soledad en que Ella quedó sumida, fué algo así como el vacío absoluto hecho en torno de un corazón amante.

FR. GABRIEL CASANOVA.
FRANCISCANO.

Los nombres del Salvador.

Siendo esta semana destinada por el mundo cristiano á recordar los misterios de la Pasión y Muerte del Redentor, conviene conocer los diversos nombres con que la Escritura santa le designa en el Antiguo y Nuevo Testamento; nombres que indican cada cual una propiedad distinta ó un oficio para con la humanidad, y que han hecho del Hijo de Dios el centro de todas las cosas, el eje de los mundos, la aspiración de los cielos y de la tierra, y el temor de los abismos. Comencemos por el primero y principal que le impuso el Padre celestial antes de nacer de María Virgen.

Jesús, nombre hebreo compuesto *Jehosua*, en su forma abreviada *Jesua* que significa «*Jehovah es la salud*», y se descompone en dos, *Jeho*, abreviatura de *Jehovah*, y *sua*, abreviatura de *yesua*, «*salud*». Era conocido

Jesús; porque Él libertará á su pueblo de sus pecados», y á María: «*llamarás su nombre Jesús.*» Este es el nombre personal del Hijo de Dios encarnado, nombre ante el cual «*se postran todas las criaturas cayendo de rodillas, sean del cielo de la tierra ó del infierno*»; nombre por el cual le conocieron sus contemporáneos que le solían gritar «*Jesús, hijo de David, ten compasión de nosotros*»; nombre que Él mismo se apropió cuando dijo á las turbas: «*¿A quién buscáis, y respondiendo ellas: A Jesús nazareno, replicó: Yo soy*»; nombre que oficialmente le reconoció Pilato, al poner en el título de la Cruz: «*Jesús nazareno*»; nombre que la Iglesia venera con una fiesta especial, y á cuya devota pronunciación tiene concedidas multitud de indulgencias.

El segundo nombre es CRISTO, procede del griego, que reproduce exactamente el hebreo *Masiah*, «*Mestas*», «*ungido*». Los antiguos reyes, los profetas y los sacerdotes recibían la *unción*, y por eso se les llama algunas veces *Cristos*, es decir, ungidos, y por antonomasia se llamó así al Redentor esperado por los judíos, *Mesías*, no porque éste hubiera de recibir la unción del óleo, sino porque había de ungiarse con los dones del Espíritu Santo, según estaba predicho por David: «*Por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo con el óleo de la alegría*»; y por Isaias: «*El Espíritu del Señor sobre mí, por lo mismo que me ungió el Señor*»; y por Daniel: «*Setenta semanas faltan.... hasta que sea ungió el Santo de los Santos.*» El nom-

bre de CRISTO se refiere á la función, como el de Jesús á la persona; y tanto en la Escritura como en el lenguaje corriente de los cristianos, se usan separados ó juntos estos dos nombres, con la particularidad de que los libros santos unas veces emplean el segundo con artículo, el CRISTO, y otras veces sin él, *Cristo*; pero es mayor el número de ellas en que usan el artículo.

Además de estos dos, que son los principales, se le dan otros muchos, de entre los cuales pondremos los siguientes del Antiguo Testamento:

ABIAD, «*Padre del siglo futuro*» le llama Isaias, indicando con ello su poder absoluto sobre todo, como poseedor y amo de la eternidad, que viene á ser su característica, en expresión de Tertuliano; en el mismo pasaje de Isaias recibe los nombres de EL, «*Dios*», por su naturaleza divina; GIBBOR, «*Fuerte*», héroe, como que había de triunfar de las potencias infernales conjuradas contra Él, á lo cual alude el Salvador cuando en el Evangelio nos habla del «*fuerte armado á quien vence otro más fuerte*»; PELÉ, «*Admirable*», con lo cual se indicaban las maravillas que que habían de acompañar á su nacimiento, vida, pasión y muerte, resurrección y ascensión, lo mismo que á la Iglesia por Él fundada; Y'ES, «*Consejero*», como encargado y confidente de su Padre, cuya voluntad vino á anunciar á los hombres, según lo confiesa por San Juan; SAR SALOM, «*Príncipe de la paz*», en conformidad con lo que decía á sus discípulos: «*Os dejo la paz, os doy mi paz*»; por lo cual á su nacimiento cantaban los ángeles: «*Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad*»; IMMANU'EL, «*Dios con nosotros*», lo confirma Habacuc en su cántico, al decir: «*Después de esto se dejó ver en la tierra y conversó con los hombres*», y San Juan, después de decirnos que el Verbo era Dios, añade que «*se hizo carne y habitó entre nosotros.*»

También se le dan los nombres de SILON, «*El que ha de ser enviado*», como le llamó Jacob cuando bendecía en su lecho de muerte á Judas su hijo; el Salvador se apropia este nombre diciendo á sus Apóstoles: «*Como me envió mi Padre, así os envío yo*»; ADON, «*Señor*» le llamó David cuando escribió: «*Dijo el Señor á mi Señor*», palabras que Jesús expuso á la consideración de los fariseos preguntándoles de quién era hijo el Cristo; DAVID le apellidan los profetas Ezequiel y Ageo, porque era descendiente de aquel rey, cuyo reino debía restaurar y amplificar, conforme á la promesa del Ángel: «*Y le dará el Señor Dios el trono de David su padre, y reinará en la casa de Jacob por siempre, y su reino no tendrá fin*»; EBED, «*Siervo*», por la naturaleza humana que tomó y con la cual nos redujo; á este nombre hace alusión el Hijo de Dios cuando dice que «*vino á servir, y no á ser servido*»; y San Pablo cuando asegura que se humilló hasta la muerte y que «*tomó la forma de siervo*», «*hecho á semejanza de carne de pecado*»; J'HOVAH SIDQENU; «*Jehovah nuestra justicia*», ó como traduce la Vulgata, *Dominus justus noster*, denominación tomada de Jeremías; porque Jesús es nuestra justicia, no con la que El es justo, sino con la que nos justifica, según expone el Concilio de Trento; de ello trata San Pablo largamente en la carta á los romanos; HOKMAN, «*Sabiduría*», nombre que le dan los libros sapienciales y Habacuc, y que confirma el Evangelio, diciendo Jesús: «*Y fué santificada la Sabiduría por sus hijos*», también San Pablo en varios pasajes confirma este nombre del Cristo; MAL'AK HAB-BERIT, «*Ángel del testamento*», según el profeta Ageo asegura que vendría al templo recientemente reedificado para formar una nueva alianza sempiterna; á esto se refiere el Salvador en la noche de la cena última llamando á su sangre «*Nuevo Testamento*» ó «*sangre del Nuevo Testamento*», esto es, que confirmaría la alianza nueva entre Dios y los hombres, de la propia suerte que la antigua había sido sellada con sangre, como expone San Pablo á los hebreos; RO'EN, «*Pastor*» le llama Ezequiel, y el Señor se lo apropia diciendo: «*Yo soy el buen pastor que conozco mis ovejas*»; SADIQ, «*El justo*» en boca de Isaias y de Jeremías; como tal fué reconocido por la mujer

de Pilato cuando dijo a su marido: «No tengas nada que ver con ese justo»; SEMAN, «Gérmén», compáranle Jeremías y Zacarías con un retoño que sale de la tierra, también Isaias le llama raíz que se halla en tierra sedienta; y «vara que nace de Israel»; esta palabra hebrea en Zacarías la vierte nuestra Vulgata por «Oriente», a lo cual parece aludir el padre del Bautista diciendo de su Consanguíneo el Mesías, que nacería de lo alto, *Oriens ex alto*. Y basta de nombres antiguos, tiempo es de poner algunos de los del Testamento nuevo.

Comencemos por el que le puso el Bautista, CORDERO DE DIOS, aludiendo al cordero pascual, cuya sangre, puesta en los dinteles de las puertas, hizo que pasara el ángel exterminador sin tocar en las casas donde se veía la señal de la sangre, alude también al cordero que mañana y tarde se ofrecía todos los días en el Templo de Jerusalén; Rey, como lo reconoció Él mismo respondiendo al Pretor romano: «Tu dices que yo soy rey, y en conformidad con aquella persuasión y esta respuesta puso en el título de la cruz: «Rey de los judíos»; ALFA y OMEGA, principio y fin de todas las cosas que de Él proceden y a Él van; APOSTOL y PONTIFICE y OBISPO, ó VIGILANTE le llama San Pablo en la carta a los hebreos y San Pedro en su I católica; SACERDOTE según el orden de Melchisedec, le apellida el Apostol, tomando esta denominación de uno de los psalmos; PASTOR, PRÍNCIPE DE LOS PASTORES, le llama San Pedro; MAESTRO, título que el Salvador se apropia como suyo exclusivamente, cuando encarga a sus Apóstoles que no se llamen maestros, «porque vuestro MAESTRO único es el Cristo»; SEÑOR, nombre comunísimo en el Evangelio y en los escritos de los primeros cristianos: «El Señor es», dijo San Juan en cierta ocasión; este nombre precedido del artículo indica la señoría autonómica; VERBO, nombre debido a la pluma de San Juan, porque es la palabra del Eterno Padre que le envió; HIJO UNIGÉNITO, denominación de San Juan; MESIAS le llamó la Samaritana junto al pozo de Jacob; ESPOSO se apellida a sí propio el Salvador, respondiendo a una pregunta de los discípulos del Bautista; MEDIADOR entre Dios y los hombres el hombre Cristo Jesús», escribe San Pablo; PROFETA, era denominación común entre el pueblo hebreo para designar a Jesús, como cuando decían: «Un gran profeta se levantó entre nosotros y Dios ha visitado su plebe»; RABBI y RABONI, palabras hebreas que significan «Gran superior», era y es el título de los doctores de la ley que aun se llaman rabinos y el jefe de ellos Gran rabino. Prohibió el Señor a sus discípulos que se llamaran *Rabbi*, dejando este nombre para Él como propio; HIJO DE DIOS, HIJO DEL HOMBRE, HIJO DE MARÍA, DE JOSÉ, DE ABRAHAM, DE DAVID, con todos estos títulos se le conoce en el Evangelio, siendo en boca del Salvador el más frecuente el de *Hijo del hombre*, con que le había designado Ezequiel. Y por último SALVADOR, que es el mismo nombre de Jesús latinizado.

Como se ve por esta brevísima nota, los nombres de nuestro Redentor son múltiples y todos muy significativos; porque cada uno expresa un concepto que le cuadra admirablemente; muchos son comunes al Antiguo y Nuevo Testamento, otros son propios del Antiguo como STOR, y otros del Nuevo como LOGOS.

F. VALBUENA.

!En tí veo a mi Dios!

A Jesucristo Crucificado.

....Y prepararon acibares, y aguzaron clavos, y anudaron cordeles, previnieron azotes, y tejieron espinas.... todo contra tí, mansísimo cordero.

¿Y quiénes....? ¿quiénes fueron? ¿quién acibaró tus labios que destilan miel? ¿quién oscureció tus ojos que son los manantiales donde bebe su luz el sol? ¿quién coronó de espinas tu cabeza que abarca lo infinito? ¿quién azotó tu cuerpo que es la alegría de los ángeles? ¿quién agobió tus hombros que sostienen el peso de los cielos y de la tierra? ¿quién te atormentó? ¿quién te afligió? ¿quién te burló con esa púrpura? ¿quién te afeó con esos cardenales? ¿quién te manchó con esas salivas? ¿quién te puso en la cruz? ¿quién abrió los raudales—de esas sangrientas llagas, amor mío?

....¡Pero ah!... ¿qué importa! al través de las llagas y de la sangre, mi alma te siente, mi corazón te adivina, mi fe te reconoce.... y en los trances de tu pasión y en el camino de tus amarguras.... ¡jen tí veo a mi Dios!!

Si; encanto de mis ojos, cárdeno lirio de mis amores, hacécillo de mirra ensangrentado, nazareno que lloras más que tu dolor mi desventura....

Cuando te veo, en las desolaciones de Jetsemani, abatido, angustiado, experimentando pavor y tristeza.... en tí veo a mi Dios, que tuvo miedo para darme confianza y cayó en agonía para comunicarme aliento.

Cuando te veo en tierra, postrado, con la frente en el polvo, orando suplicante.... en tí veo a mi Dios que me enseña a someter a la divina voluntad la solución y el resultado de todos los negocios de la vida.

Cuando te veo caído, anonadado, su dando sangre, con la que empapas la tierra.... en tí veo a mi Dios que hace, antes que te provoquen los enemigos, efusión de sus ternuras, para que yo, por anticipado, me aproveche de ellas.

Cuando te veo salir al encuentro de los que te buscan y ofrecer tu rostro al traidor discípulo que te entrega.... en tí veo a mi Dios que por mí voluntariamente se da, con impaciencia y con anhelo, a los ultrajes y a las afrentas.

Cuando te veo tratado como criminal, atado como esclavo, llevado a los Tribuna-

¡Mujer!, ecce filius tuus.

(San Juan XIX 26).

Lo hemos experimentado: y cuantas veces leemos la historia de Nuestro Señor Jesucristo en el Santo Evangelio, la primera atracción de nuestro espíritu a su Divina Persona, es producida por la palabra de aliento y esperanza con que brinda a los pecadores, y por su amor y misericordia con los desheredados y desvalidos.

Fundado el mundo antiguo sobre la base de la fuerza, despreció orgullosamente cuanto tenía el sello de la debilidad, del dolor y del infortunio. Por eso, para curar esta funesta dolencia humana, el restaurador divino fundó su Religión sobre el «mandato nuevo del amor», acogió en su seno con predilección extraordinaria a todos los desventurados, y fustigó con el látigo de su indignación a los poderosos y a los soberbios.

Siendo este el carácter que tanto le real-

Por las obras divinas que hacía y que no pudieron ni pueden negarse ni oscurecerse, sabe gran parte de la humanidad que Jesucristo es Dios y lo supo también el pueblo judío aunque aparentó desconocerlo. Jesús fué el que al imperio de su voz sacó del sepulcro a Lázaro resucitándole en Betania, y el pueblo lo sabía. El fué quien bendiciendo unos panes y peces alimentó a cinco mil hombres en el desierto de Betsaida, junto al lago Tiberiades, y el pueblo lo sabía. El fué quien, á ruego de la Virgen, convirtió el agua en vino para los convidados a las bodas de Cana de Galilea y el pueblo lo sabía; como supo que para adorarle vinieron Reyes de Oriente á Belén de Nazaret, y que por quitarle la vida dió muerte un tirano á muchos infantes que habían tenido la suerte de nacer en la comarca en que él había visto la luz primera.

El odio de Herodes á Jesús niño, porque sabía que los vaticinios le designaban como rey y podía arrebatárle el trono, se transmitió al pueblo judío que le oyó decir, ya hombre, que era hijo de Dios y una misma cosa con el Padre; que les echó en cara á ellos su soberbia é hipocresía; que los calificó públicamente de raza de áboras y los arrojó del templo que habían convertido de casa oración en cueva de ladrones. Por eso y por el temor de que las muchedumbres que le seguían glorificándole dieran pretexto á los romanos para ensanchar su dominación quitándole toda su influencia, decretaron su muerte en cruz en medio de dos criminales.

Las turbas inconstantes movidas por ellos, se volvieron contra Jesús, y al representante del poder romano que tenía el *ius gladii*, pidieron á gritos su muerte. Poncio Pilato se lavó las manos en reconocimiento de la inocencia del reo y en justificación propia, y se lo entregó para que le crucificasen. Jesús aceptó la sentencia, tomó la Cruz sobre sus hombros, subió al monte Calvario y en su cima fué crucificado.

Flotando en el espacio suspendido entre el cielo y la tierra su sacrosanto cuerpo, el Divino Mártir abrió sus labios para dar á la humanidad á quien redimía la última prueba de su amor y de su misericordia. Serían aproximadamente las tres de la tarde. La naturaleza con más entrañas que aquellos inhumanos verdugos, empezaba á demostrar algo que pudiera denominarse dolor y sentimiento por aquel crimen de deicidio. El sol se había negado ya á iluminar con sus esplendores la escena y la oscuridad daba al cuadro cierto aspecto tético y sombrío. Numerosos grupos poblaban aún la cima del monte y el sordo rumor que producían, unido al rumor de la naturaleza estremecida, debió llevar á los corazones una melancolía indefinible y á la conciencia inquietudes que menguarían no poco el placer de la satisfecha venganza. Unos, inciertos y silenciosos en vista de lo que acontecía, fueron desfilando por las aridas pendientes de la montaña; otros, sospechando que la víctima era inocente y que la justicia de Dios estaba de su parte, presienten con temor las consecuencias terribles que vendrían sobre el pueblo por aquel horrendo crimen; quienes, invocando el nombre inefable se golpeaban el pecho en señal de arrepentimiento, y otros muchos, en fin, todavía llevados de espíritu de odio y de instintos de sangre, sin dar entrada en su corazón al sentimiento humano, blasfemándole y ultrajándole, rodeaban el patíbulo.

Allí se encontraba también, cerca de la Cruz, la Santísima Virgen sufriendo el más indecible y desgarrador suplicio. Suele la compasión, algunas veces, apartar á los padres del lecho de sus hijos moribundos; pero la Virgen tuvo que sufrir este acerbo dolor de presenciar la agonía del suyo, sin que le fuera dable ni aún acercarse á él para animarle con sus palabras, á darle aliento con sus besos, á derramar en su corazón el calor de su cariño, á limpiar su sangre, á refrescar sus labios, á poner bálsamo en sus heridas, á arrancarle aquella corona y aquellos clavos que á ambos simultáneamente atormentaban; no le fué concedido, en fin, prestar á su hijo agonizante el más pequeño consuelo.

Pero es preciso confesar que sufrió este suplicio atrozísimo, no porque faltara alma sensible y mano cariñosa que la hubiera apartado compasiva de aquel duro tormento, sino porque debía cumplir allí fines providenciales; debía recoger por sí el testamento y última voluntad del Divino Moribundo y oír de sus mismos labios esta cláusula. *¡Mujer!, he ahí tu hijo.*

¡Mujer! Es decir, la única digna de este nombre; para que por mi muerte no te falte todo auxilio humano, te encomiendo á mi predilecto discípulo que te asistirá con filial cuidado.

¡Mujer! Singular por su excelencia; el amor que metienes, extiéndelo á todos mis discípulos y seguidores que te aceptarán por madre y te amarán de lo íntimo de sus corazones.



les como culpable.... en tí veo a mi Dios que quiso descender hasta hacerle menor que siervo débil para que yo pudiera ser más que ángel excelso.

Cuando te veo perseguido por la iniquidad, atropellado por la injusticia, condenado á muerte, cargado con tu patíbulo.... en tí veo a mi Dios que padece para que yo disfrute, que es burlado para que yo recobre mi dignidad, que es condenado para que yo sea libre, que lleva sobre sí mis dolores y mis torturas para que con su peso no me abrumen ni me rindan.

Y cuando te veo, así, mustio, desgarrado, exangüe, en la cruz.... en tí veo a mi Dios... a mi Dios ocupando el trono propio de su dignidad y de su realeza.

Pues qué gozo eres tú el rey manso? ¿no eres tú el rey humilde? ¿no eres tú el rey pacífico? ¿no eres tú el cordero inmaculado desde antes que existiese el mundo?... Si; que de otro modo no estuviera á tu presencia este pecador....!

Pero en la cruz estás, con los brazos abiertos, con la cabeza inclinada, mirándome amoroso... ¡mirándome! porque no á los justos, sino á los pecadores buscas. ¿No es verdad Dios mío?

Pues deja.... deja que me liegue á tí, ya que me esperas y déjame, porque quiero ir.... á ungrir tu cuerpo con mis lágrimas; á contar tus llagas con mis besos, á dulcificar tus dolores con mis caricias, y á abrazarme á tí, y á pedirte.... una sola cosa: la dicha de morir, así, abrazado á tu cruz sacrosanta y pronunciando tu nombre bendito.

SALVADOR S. VALDEPEÑAS

za y distingue, causa no poca extrañeza la audacia de sus enemigos acusándole de rebelde y duro hasta con sus mismos padres.

Tal calumnia procede, sin duda, del encono sistemático con que le juzgan, y de su misma incredulidad que les impide ver dos naturalezas en su única Sagrada Persona; y considerando sólo por el prisma humano algunas palabras dirigidas especialmente á su bendita madre, las han calificado de duras, en vez de admirarlas como misteriosas y santas.

Una de esas expresiones que les escandalizan es la que dirigió á la Virgen Santísima desde el altar de la Cruz, llamándola *mujer*, cuando la piedad filial reclamaba, en su sentir, que la hubiera designado con el cariñoso nombre de *madre*.

Muchos siglos hace que los santos padres se ocuparon, no de la calumnia, sino del sentido oculto de esa palabra dirigida á la Virgen bendita en ocasión tan solemne, y no hay más que copiar sus razonamientos para satisfacer nuestra devoción, caso de haber cruzado por la mente ese pensamiento.

Jesucristo es Dios, lo dijo él mismo; y aunque hay hombres que dicen de sí lo que no son y que no merecen crédito, lo merece el Salvador que pasó su vida haciendo beneficios, enjugando lágrimas, prodigando consuelos, obrando prodigios y maravillas. Por eso pudo argüir á sus enemigos, «sino queréis creer en mí, creed en mis obras»: Juzgamos por las obras; y como no todos pasamos la vida en el aislamiento, ó en perpetuas tinieblas y enmascarados, por las obras somos también juzgados y damos á conocer si somos unos miserables, sea lo que quiera lo que digamos de nosotros, ó si somos santos.

la sociedad encierra de vil, de impuro, de falso, de escéptico y de inicuo, todo maldice y está en guerra constante y en abierta rebeldía contra la Persona sagrada de Jesús, pues Jesús aparece como el punto al cual dirige perpetuamente sus tiros, todo lo que es impureza, mentira, soberbia é impostura.

Pero Jesucristo, no sólo atrae hacia sí todos los odios de la impiedad, todas las maldiciones de las sectas, todos los oprobios de la inmoralidad, todos los rencores del indiferentismo, todos los sarcasmos de la ciencia falsa y empírica; también es el centro á donde convergen y el objeto al cual se encaminan las supremas virtudes de la humanidad y cuanto de grande, de puro y de santo existe sobre la tierra. Los más nobles, los más inefables amores del espíritu á nadie se refieren sino á Jesús; los más elevados y los más fervientes impulsos del alma racional tienen por guía y término á Jesucristo. Ningún sentimiento purísimo brota en el humano corazón que no esté inspirado en su sacratísimo amor; ningún avance hacia la perfección y hacia la santidad tiene vida, á no ser movido por la fe en el Verbo. Por Jesucristo, y únicamente en honor de Jesucristo, las Vírgenes del Señor pronuncian y guardan votos perpetuos de humildad, de castidad, de pobreza y de obediencia en el rincón de casto santuario; por Jesucristo, y sólo por imitar á Jesucristo, sufren millares de Religiosos vida penosa de privaciones y tormentos, de austeridad y sacrificio; por sostener victoriosa la bandera de Cristo y mantener viva la doctrina del Salvador, miles y miles de Sacerdotes son víctimas del odio sectario, mientras que diariamente, ante el altar de su Dios, piden perdón para los extraviados y la salvación del mundo entero; por Jesucristo, y sólo por servir á Jesucristo, se lanzan los Misioneros á remotos y salvajes países á convertir á los idólatras, á llevar la luz de la Revelación á los infieles, á derramar su sangre y morir en suplicios espantosos, atados á un árbol ó suspendidos en una cruz; por Jesucristo, y por seguir á Jesucristo, nacen esas grandiosas instituciones cristianas dedicadas á alimentar al menesteroso, socorrer al pobre, educar al huérfano, anparar al desvalido é instruir al ignorante; por Jesucristo, y únicamente impulsadas por el fuego de su encendido amor, muchas almas abandonan el mundo del placer, dejan los halagos del goce, desprecian las riquezas, arrojan lejos las comodidades y se dedican á imitar la vida del Maestro, á continuar su obra inmensa de la rehabilitación humana; en suma, de todos los puntos del Universo se eleva constantemente al Hijo de Dios un conjunto majestuoso de himnos, de plegarias, de súplicas, de expiaciones, de sacrificios, de actos fervorosos de alabanzas, acatamiento y sumisión y de mortificaciones, de penitencias, de éxtasis deslumbradores, de arrobamientos místicos, de amores espirituales, de los más inefables conciertos del corazón, de las armonías más luminosas del alma, todo lo cual forma misteriosa é imponente nube que asciende hasta el cielo, arrastrando consigo todos los santos afectos de la humanidad y todos los movimientos que en busca de la justicia y de la virtud se levantan en la racional inteligencia.

Es indudable: la profecía está cumplida en toda su plenitud y con exactitud asombrosa. Desde el instante en que el Verbo es elevado en la cruz, todo lo atrae á sí, las grandes virtudes como los profundos odios, los sentimientos inefables de pureza y santidad como los perversos instintos del aborrecimiento y la ira. Los incrédulos, los impíos, los herejes, los blasfemos, todo ese conjunto monstruoso de miseria y depravación, todo se encamina resueltamente á negar á Cristo, á despojarle de su divinidad, á ultrajarle y escarnecerle, no comprendiendo aquellos en su soberbia que con esta negación contribuyen por modo eficaz al cumplimiento de la profecía. Los hombres de fe, las almas sencillas, los corazones buenos é inocentes caen de hinojos ante la cruz, y trabajan sin descanso porque sea alabado, glorificado y bendecido el sacratísimo nombre del Salvador en todo el Universo, y porque se culte cada vez más su gloria y su culto. Y es que en la vida del mundo no se encuentra idea alguna grande, ningún pensamiento fecundo y elevado, ni sentimiento de suprema justicia, ni de recta verdad que no se reflejan al que murió en el Gólgota. Jesucristo aparece allí como centro al cual se encaminan en su vida privada y en su vida social todos los pueblos y todas las generaciones: desde que fué elevado en la cruz, el Salvador todo lo atrae para sí, mostrándose en el Santo Madero como perfecto ideal al que ha de ajustarse el hombre en su obra de regeneración, pues que su divina ley es la fuente del progreso, como es el alma de la Historia.

FELIPE DE PINTO Y ONRUBIA.

El poder del miedo.

Prescindiendo de la autenticidad de las llamadas profecías de San Malaquías, autenticidad negada por muchos, pero defendida por otros en libros verdaderamente peregrinos, es evidente que el sobrenombre de *Lumen in celo* con que en aquellas está designado León XIII, le cuadra maravillosamente á este Pontífice, cuya nutridísima colección de Encíclicas y documentos apostólicos son el más rico y oportunísimo tesoro de doctrina legado á la presente generación. Así tenía que ser forzosamente, dada la providencia sapientísima con que Dios vela por su Iglesia, otorgándola en cada época lo que más ha menester.

Ignis ardens ó fuego ardiente se llama á Pío X en las mentadas profecías; con lo cual parece designarse que la nota característica del actual pontificado ha de ser la acción católica encaminada á poner en práctica las enseñanzas del pontificado anterior.

Tal es siempre, como lo atestigua la historia, la conducta de la Iglesia. Primero ilustra el entendimiento con el esplendor de las doctrinas que enseña y propaga por doquier, y luego las encarna en la vida de la sociedad por medio de instituciones y organismos perfecta y sabiamente adoptados á las necesidades de cada época. Así Dios creó primeramente la luz en el cielo, *lumen in celo*, y después de la luz creó el sol, *ignis ardens*, que es actividad y calor, y vida y fecundidad.

Y aunque la luz y el sol (por más que sean muy diferentes una y otro), van siempre unidos en el firmamento de la Iglesia como en el firmamento material, cosa cierta es que la luz ha de preceder siempre al sol, como le precedió en los días de la creación del universo. Pero una vez creada la luz, quiero decir, una vez proclamadas y propagadas las enseñanzas de la Iglesia, es necesario encarnarlas en las costumbres, en las instituciones y en todos los diferentes órdenes del organismo social.

Queremos dar á entender con el recuerdo ó con la indicación de esta doctrina, que ya es hora de comenzar de veras á hacer algo; ya es hora de oponer acción contra acción, como dijo León XIII en los últimos años de su pontificado gloriosísimo en su famosa carta al pueblo italiano.

«Tratándose—dijo—de la secta masónica que todo lo ha invadido, no es suficiente ponerse en guardia contra ella. Hay que salir al campo y afrontarla con valor. Lo cual haréis vosotros, amados hijos, oponiendo prensa contra prensa, escuela contra escuela, sociedad contra sociedad, congreso contra congreso, en una palabra: ACCIÓN CONTRA ACCIÓN.»

Y después, insistiendo sobre lo mismo, termina aquel apostólico documento con las siguientes palabras:

«Amados hijos: en este momento la Religión y la Patria os hablan por nuestra boca. ¡Ea! Oid su compasivo grito; levantáos unánimes y pelead varonilmente la batalla del Señor. Ni el número, ni la osadía, ni la fuerza de los enemigos os deben amedrentar, porque Dios puede más que ellos. Y si Dios está á vuestro lado ¿qué podrían ellos contra vosotros?»

¿Qué católico medianamente ilustrado no está convencido y plenamente persuadido de todas estas enseñanzas de la Iglesia? Pero el mal no está en la falta de enseñanzas, ni en la falta de convicciones; ó, por mejor decir, el mal no está en la falta de fe. El mal principal está (digámoslo ya sin eufemismos) en el miedo.

Recordemos á este propósito algo de lo que se conmemora por la Iglesia en estos días. ¿Creéis que si no hubiera sido por el miedo, por la cobardía y por la villanía de Pilato (que fué el más inicuo de todos los jueces de la tierra), hubiera muerto aquel primer Viernes Santo Nuestro Señor? ¿No tenía por ventura aquel Presidente á su disposición todas las fuerzas de la guarnición romana, á cuyo empuje no hubiera podido resistir el envilecido pueblo judaico?

Sin embargo de lo cual, por el respeto humano de Pilato, por el miedo de Pilato á perder su destino y las comodidades de la vida, fué condenado á muerte Nuestro Señor. Y por eso en el símbolo de fe (dice ingeniosamente el profundo Cardenal Pie), no se dice que Jesucristo padeció bajo el poder de Anás, ó de Caifás, ó de Judas, ó de Barrabás ó de los Fariseos, sino *bajo el poder de Poncio Pilato*. Lo cual vale tanto como decir que el respeto humano, la flojedad egoísta, la cobardía, el miedo, fueron los que condenaron á muerte á Jesucristo.

Y hay que observar, para que más resalte

la tremenda semejanza entre los católicos cobardes y Pilato, que éste confesó la inocencia de Jesucristo á la faz de todo el pueblo; y no la confesó una sola vez, sino repetidas veces y con toda solemnidad.

También muchos católicos tienen fe incommovible, también creen firmemente en Jesucristo, en la Religión y en todas las enseñanzas de la Iglesia; también creen porque lo dice el Papa (que es como si Jesucristo lo dijera) en la necesidad de pelear varonilmente contra el enemigo en todas partes y en todas las órdenes del organismo social; pero ¡hay! el miedo puede en ellos más que la fe, puede más que la palabra del Papa, y ¿por qué no decirlo? sin una gracia especial, el miedo puede en ellos mucho más que Jesucristo.

La conducta que sigue el católico cobarde en tiempos y lances de persecución contra la Iglesia, se amolda generalmente al mismo patrón de la que siguió el cobarde Presidente.

He aquí las principales etapas de la conducta de Pilato en el proceso de la pasión de Jesucristo:

La cobardía del Presidente, que desde el primer interrogatorio se convenció de la inocencia del reo y de la envidia mortal que á sus acusadores les dominaba, quiso inhibirse del conocimiento de esta causa, cuyos autos fueron remitidos con el reo á la jurisdicción del Rey Herodes.

Mas no habiendo podido Pilato inhibirse de esta causa, buscaba trazas con que poder libertar á Jesús, de cuya inocencia estaba plenamente convencido. Se le ocurrió al efecto al cobarde Juez que, puesto que era la Pascua y tenía que indultar á un reo, quizá podría libertar de la muerte á Jesucristo en cumplimiento de esta costumbre legal. Así lo propuso al pueblo; pero el pueblo, que por lo visto iba conociendo que el Presidente flaqueaba, pidió el indulto de Barrabás, y por lo tanto se le frustró á Pilato esta traza, como también le había salido fallida la otra á que antes apeló, consistente en dar palabra de que castigaría á Jesucristo (por más que era inocente), á ver si de esta manera las iras de aquellas fieras se aplacaban.

En esto la mujer de Pilato, ó, como si dijéramos, su conciencia, le advierte que no condene á aquel reo. Pero ni el conocimiento de la verdad, ni el testimonio de la conciencia, logran vencer la cobardía del Presidente, que cada vez va enfangándose más en la iniquidad, puesto que estaba convencido y persuadido de la horrenda injusticia, del infame asesinato que intentaba consumarse.

En vista de lo cual, y para ver si de veras se movían á piedad las turbas, manda azotar sin tasa ni compasión al inocente, y enseña luego á las mismas turbas aquel espantable retablo de tormentos y de oprobios; pero las turbas, ébrias de matanza, siguen pidiendo á gritos toda la sangre de Jesús, azotado, coronado de espinas, vestido con la andrajosa púrpura y saturado de oprobios y baldones.

Al fin cedió la cobardía del Presidente en aquella porfia guerra criminal por una y por otra parte, y fué condenado Jesucristo á morir entre dos ladrones en el infamante patíbulo de la Cruz.

En esto vinieron á parar las trazas y las habilidades de la cobardía.

Por el contrario: cuando sin miedo al mundo y sin respeto humano; cuando con desprecio de las comodidades y de la holganza, de la honra y hasta de la propia vida se defienden con entereza y valentía los derechos de Cristo y de su Iglesia, los resultados son diametralmente opuestos. Véase la prueba:

Los Apóstoles, después de la resurrección, proclaman paladinamente por aquellas mismas calles y plazas de Jerusalén la divinidad de Jesucristo, ante los mismos poderosos enemigos que explotaron la cobardía de Pilato. Estos les mandan que callen, pero los Apóstoles no obedecen; les amenazan, pero no se asustan; les azotan, pero no transigen; les persiguen ferozmente, pero no cesan en su heroico empeño. Por fin los decapitaron, los crucificaron, los desollaron y hasta les frilleron; pero la Religión católica triunfó de esta manera en todo el mundo.

Mírense ahora los católicos en estos dos ejemplares, de cobardía el uno, y de entereza apostólica el otro.

¿A cuál de ellos convendrá imitar y parecerse? ¿A los valientes ó á los cobardes? ¿A Pilato ó á los Apóstoles?

Y ¿á quién habrá que obedecer? ¿A la sinagoga de Satanás que nos manda callar y no obrar, ó á la Iglesia que nos manda, en nombre de Cristo, creer y obrar varonilmente?

J. MARÍN DEL CAMPO.

Mora de Toledo, Marzo de 1904.

En la calle de la Amargura.

Ninguno de los Evangelistas refiere la circunstancia conmovedora y terrible del encuentro de María con su hijo en la calle de la Amargura; no siendo posible razonar esta omisión, si no es considerando que se prefirió encomendar al tesoro tradicional la custodia de una escena, cuyos detalles no eran para consignados con la sublime concisión que es norma de las sagradas letras del Nuevo Testamento. Era un suceso tan grande, tan rico en enseñanzas, tan abrumador por los sentimientos que se pusieron en lucha, que en ninguna de las lenguas conocidas había palabras hábiles para encarnar, sin circunloquios que enfrian la viveza del pensamiento, el dolor y el amor infinitos que se agigantan y encrespan sobre la bárbara hostilidad del odio para vencerle, estimulando la fibra de los instintos naturales de la compasión y la benevolencia, y una vez vencidos, vencerse ellos á sí mismos y entregarse de nuevo al suplicio para salvar á los verdugos.

Cristo pasa un día entero sin ver á su madre, cuando más necesitado se halla de la palabra suave de ese amor que nadie define, aunque á todos nos cerca desde la cuna; de ese amor, que si no es divino, sólo es por desarrollarse en corazones de barro; de ese amor elevado en María, en su inefable consorcio con el Espíritu Santo, á la majestad de enlazar en sus emociones lo que en la tierra hay de inmaculado en la ternura, con lo que hay de poderoso en las vehemencias de la ternura de la gloria.

Abandonado de sus discípulos después del sudor de sangre; traicionado por Judas á quien había considerado como amigo; maniatado por Malco á quien restituyó mila grosamente á la integridad de la vida; azotado y negado en casa del Pontífice por los que antes quisieron hacerle Rey; desangrado por la flagelación que rasgó su carne dejando sus huesos al descubierto; abofeteado á presencia de los Príncipes del sacerdocio, sin que pudiera alegarse motivo por el cual se le hería; escarnecido y burlado como loco ante el pueblo que días antes le había bendecido; sentenciado á muerte y pospuesto á un ladrón y sedicioso infame; coronado de espinas para vilipendiar en él los símbolos del poder real; cargado con la Cruz y hecho el ludibrio de las turbas; acorrajado en su alma más por la injuria que por el castigo, exánime y agonizante, aunque como Dios se sobrepone á todo humano sentimiento, como hombre ansia depositar en el sagrario augusto de sus consuelos la última lágrima de sus ojos y el último beso de sus penas: quiere ver á su pobre madre.

María hace el mismo tiempo que no ve á Jesús; pero completamente instruida de la misión que Él trae á la tierra y del inicuo y trágico fin que habían de darle, sobresaltada en cada hora del día, al oír los vagos ecos del tumulto y el despeluzante sonido de las trompetas que anuncia la sentencia de exterminio, el presentimiento la agita; y venciendo en ella el estímulo invencible de la maternidad, convulsa, pálida, presurosa, lánzase por las calles de Jerusalén en busca del hijo de sus entrañas. No necesita preguntarle. La gritería, los rugidos de aquellas fieras que componen el cortejo criminal y deicida la señalan el lugar de la escena. El nombre de su hijo llega á sus oídos envuelto en provocaciones de odio y pregonado entre risoladas de burla. Es fuerte, pero su razón se revuelve por las atracciones energéticas del cariño, y avivado más su deseo aboca á la Calle de la Amargura, atraviesa por medio de las turbas, se abre paso entre los sayones, lanzas, curiosos y ministros de aquella horrenda injusticia.

Todos la miran con asombro, é ignoran do quién es, qué busca y por qué va así, el arrojo y la resolución de aquella mujer les sobrecoge. La reflexión se hace lugar y se apodera de todos la sospecha de que nadie raya en tales heroísmos sino es la madre del reo. Nadie se atreve á cortar sus pasos; no la detienen, no la estorban. Hay un momento de solemne espanto, en que atónito el criminal cortejo, nadie escupe á Jesús, nadie le insulta, nadie tira de las sogas, nadie le empuja, nadie se mofa de Él, nadie le afrenta. Y cómo estando allí María, la Madre de Jesús, desolada, que con los brazos extendidos, los ojos desencujados, la boca abierta y jadeante, ennegrecido su rostro con el llanto, el polvo y el sudor, su rostro cadavérico, ahogada, sin más aliento para sostenerse, vacila, se desvanece y desploma, como herida de la muerte, cayendo sobre el hijo de su alma?

—¡Hijo!...

—¡Madre!...

Nunca el mundo había oído endecha de

más sublime angustia. La muchedumbre subyugada por ineludible sentimiento de compasión, se anonada y no sabe qué hacer. Si dejar á Cristo abandonado en los brazos de su Madre ó proseguir el camino del Calvario. Allí hay muchos corazones que lloran, incapaces de violentar los impulsos de la naturaleza. Las mujeres que antes habían llorado por Jesús, apartaron á María del hijo de sus ternuras. ¡Pobre Madre! La había costado aquel encuentro tanto como le había costado. Se hirió la frente con las espinas de la corona, chocó su rostro con el madero de la cruz y sus labios se tiñeron con la sangre ardiente que brotaba de los labios de su hijo, encendiéndose su amargura hasta hacerse inmensa como lo era su cariño.

¡Oh Dios! En este paso horriblemente trágico, pero divinamente grande, me parece más Dios que nunca y no me atrevo á mirarte. Das en él rienda suelta á la naturaleza fustigada hasta la angustia, sin que se escape á tus labios queja leve ni á tus ojos una sola mirada vengativa; mas quien sabe desatar en lo grandioso de las ternuras las persecuciones á la naturaleza que desfallece á fuerza de ellas, debe ser un Dios de espera terrible que, apurando los medios de facilitar al hombre el arrepentimiento, ni acelera ni invierte los instantes de los juicios inexorables que llegarán á más tardar mañana.

Tocas todos los resortes del afecto y clamor callando, para revestir, de precedentes bellezas, venganzas ulteriores. Dejas que el reloj marche; no te arredra el padecimiento ni te escondes á su hora, y fijando en cada una el cumplimiento de un designio, jamás retrocedes. Tu marcha es uniforme, y en la esfera de tus decretos has señalado un punto tanto más formidable cuanto más se acerca, y ese es el que debemos temer en este paso, porque ha de convertir el cúmulo del cariño en explosiones de ira. Las ansias que sientes de Madre, ¡oh Dios!, ansias que satisfaces un segundo, son ansias de amor que descargarás trocadas en justicia vengadora sobre la cabeza de los que no han gemido contigo en la calle de la Amargura.

M. MORENO.

Surrexit

¡Resucitó! He aquí el acontecimiento de actualidad de todos los siglos. Si de él se prescinde, los grandes hechos de la historia del mundo quedan sin explicación.

Un pueblo que cuando potentes imperios se desmoronan, él se conserva incólume, atravesando los siglos y guardando con solicitud admirable un libro, donde están escritos los destinos de la humanidad. Un oscuro Galileo que, en un rincón de la tierra, se proclama Dios-Hombre; que él hace referirse las profecías y tradiciones, aun de los pueblos paganos; que obra estupendos prodigios, que hubieran pasado desapercibidos, si sus oscuros discípulos, no nos los hubiesen transmitido; que muriese cubierto de ignominia en un patíbulo infamante, y dando, como prueba suprema de su divinidad, que resucitará al tercer día.

Sus discípulos le abandonan en su muerte; los que en vida recibieron sus beneficios, le desconocen; los que fueron sus enemigos, con su propia guardia y con su propio sello, custodian y sellan el sepulcro. Han trascurrido veinte siglos y el mundo conmemora aquella fecha, y el pueblo judío, disperso, da testimonio de aquellas profecías, y los discípulos, antes pusilánimes, salen á conquistar las naciones, y desde el centro del Imperio Romano hasta los confines de la tierra, resuena su palabra, de la que dan testimonio con su sangre; y en todo el orbe conocido, y de toda edad, sexos, clases y condiciones, se responde á la palabra del Cristo, entregando la vida por su amor, y caen los altares de los ídolos, y se hunden en el polvo los tronos de los Césares, y un nuevo derecho, reconociendo la dignidad del hombre, sustituye al antiguo, y la civilización se asienta sobre nuevas bases, y en adelante distinguirá la historia los siglos que caen á uno y otro lado de la Cruz, y al alegre voltear de nuestras campanas, proclamando la resurrección de Jesucristo, una voz unánime resplandecerá en todos los ámbitos del globo ¡Aleluya!

Esta transformación tan admirablemente realizada, no puede ser la obra de un Dios muerto, sino la obra de un Dios vivo, y si Jesucristo no hubiere resucitado, sería vana la fe y estéril la predicación en su nombre. Por eso una y otra son fecundas en sus resultados, como informadas del espíritu de aquél, que resucitando de entre los muertos, ya no muere, porque es el Rey de ayer, de hoy y de todos los siglos.

Cuando de él se separan los pueblos y

naciones, mueren, cuando con él se identifican, resucitan. Así la historia lo proclama. Contemplando un día, desde las gradas en que se sentaron los Senadores del Pueblo Rey, la magnificencia y grandeza del Coliseo Romano, nos parecía leer en la arena, con caracteres de fuego, el envilecimiento de la humanidad, con aquellos gladiadores que, pertenecientes á la clase del pueblo, habían de dejarse matar en posturas académicas, para que los patricios... ¡aplaudieran!

También nos parecía que de aquellas arenas, purificadas por tres siglos con sangre de mártires, fecunda semilla de cristianos, surgía el *resurrexit*, donde proclamándose la unidad de Dios, Padre universal de todos los hombres, se establecía la igualdad de griegos y romanos, de pobres y ricos, de señores y siervos, y afirmada allí la redención del Hombre-Dios, se nos consideraba, no sólo con la fraternidad universal de hermanos del Redentor, sino con la libertad de la esclavitud del pecado, y con la facultad de governarnos libremente en el camino del bien, con completa independencia de los poderes tiránicos que quieran subyugarnos. Los mártires podían decirnos, aun ante las cadenas y la muerte, somos libres, por aquél que rompió las cadenas del sepulcro y salió victorioso de la muerte.

¡Cómo el mundo, con perjuicio de caer en los antiguos errores y en la degradación de que le sacó Cristo, puede olvidarse de la doctrina salvadora del Cristianismo!

El naturalismo á que las sociedades tienden es la degradación del hombre hasta el nivel de la bestia. Entonces la fuerza bruta se impone, borrando de la tierra los grandes lemas que trajo el Cristianismo, y que sólo en su mano pueden brillar con luz esplendorosa. Entonces el necesitado pasará á ser esclavo del más afortunado, no su hermano; allanadas las fronteras del derecho, al desaparecer una sanción eterna, la ley ha roto su equilibrio, y ante ella no pueden ser iguales el magnate y el plebeyo, y negado nuestro alto origen no queda más fraternidad entre los hombres que la existente entre las fieras de los bosques.

¿Dónde está el remedio? En aquél Dios que ha resucitado, y que siempre viviente, por medio de su doctrina nos asegura la resurrección, dogma precioso, y por sí sólo suficiente para dignificar al hombre y para levantar las sociedades. Sólo con esto tienen realización perfecta los grandes lemas bastardeados con que se pretende embaucar á las multitudes, sin ver que son hijos legítimos de la doctrina católica. Sólo en esta se da la igualdad de todos ante el derecho y la justicia, porque todos son iguales ante Dios; la libertad para practicar el bien, y no el mal, porque éste redundaría en perjuicio de la sociedad de la que todos formamos parte; y la fraternidad universal, en la que todos, como hijos de un mismo Dios, sin distinción de pueblos, razas y condiciones encontramos siempre al hermano; si es poderoso, para escuchar la queja del débil y procurar su remedio, si es rico para atender con su abundancia á las necesidades del pobre; si es patrono, para no tratar como máquina al obrero; si es noble, para considerar que la sangre del Redentor les ennobleció á todos; si es menestral, para no defraudar con su trabajo al hermano; si es pobre, para no acumular en su pecho odio contra el rico; y todos, para vivir en la tierra la vida de la paz y del amor. Tal es la doctrina que con su resurrección confirmó Cristo, estableciéndola sobre incommovible base contra todos los esfuerzos de la impiedad.

Por eso la palabra que en estos días pronuncia la Iglesia católica, ¡RESURREXIT!, nos es tan grata; porque renunciar á ella es renunciar á toda la grandeza del hombre, y á todo orden social. Por eso en todos los ámbitos del mundo, á la palabra de la Iglesia ¡Resucitó!, contesta unánime el pueblo cristiano ¡Aleluya!

TIBERINO.

La entrada de Jesucristo en Jerusalén.

Siempre que reflexiono sobre la ingratitud é indiferencia del pueblo hebreo, me quedo sin entender ese cambio tan repentino y entusiasta con que hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, salieron al encuentro de Jesús en su última entrada en la ciudad de Jerusalén.

¿Cómo, me pregunto, una muchedumbre de gentes, tendiendo por el camino sus vestidos, cortando, otros, ramos de árboles para colocarlos á su paso, y tanto los que iban delante como los que venían detrás diciendo en alta voz: -Hosanna al Hijo de

David; bendito sea el que viene en el nombre del Señor; hosanna en los más alto de los Cielos?

¿Qué júbilo es este? ¿Por qué expresarse los judíos de una manera tan desusada? Por ventura, ¿no era aquel el pueblo á quien tantas veces se llamó duro de corazón, de dura cerviz?

Es, señores, que en aquellas exterioridades, tan chocantes á la vista, se realizaba lo que el penúltimo de los Profetas menores, después de la cautividad del pueblo hebreo en Jerusalén, unos cinco siglos antes del nacimiento del Hombre-Dios, el Profeta Zacarías les había predicho con estas significativas palabras: -Regocíjate mucho, hija de Sión; canta, hija de Jerusalén; mira que tu Rey vendrá á tí justo y salvador. El vendrá pobre y sentado sobre una asna y un pollino, hijo de asna.

Tal era, en verdad, el aparato humilde con que el Rey de Reyes entró en Jerusalén para ser proclamado Rey por la nación hebrea.

Y en este momento supremo de su proclamación, brotó del corazón de los Israelitas el sentimiento nobilísimo de amor y gratitud. Sólo entonces apreciaron en su justo valor las obras maravillosas, los beneficios incalculables de aquel hijo del artesano, como vulgarmente le llamaban. Con sentido práctico recordó aquella inmensa muchedumbre reunida en Jerusalén para celebrar la Pascua, los enfermos á quienes había curado, la vista dada á los ciegos, el movimiento á los tullidos, vida á los muertos, amparo al desgraciado, consuelo á la vida, socorro al pobre, alimento á una multitud hambrienta, desarrollando de todos modos y con toda una beneficencia universal, una compasión sin límites, una caridad, un amor sin semejanza.

Nada más justo que corresponder con reconocimiento al que, durante su vida pública, habíase manifestado un bienhechor constante.

Lección utilísima que los habitantes de Jerusalén no dan en el recibimiento hecho al Salvador. Modelo de imitación, por nuestra parte, al recibir en nuestras almas al *sex manjuelus*, en cumplimiento del tercer precepto de derecho eclesiástico.

Apresurémonos, pues, á prepararle un hospedaje digno de su grandeza; salgamos á su encuentro despojándonos del sucio ropaje de nuestras pasiones, de nuestros vicios; arrojemos en su obsequio ramos, palmas repletos de virtudes; al menos, de buenos propósitos para el porvenir.

Y en medio de esta Semana Santa habremos obtenido un grande triunfo: el de recibir cual corresponde, mediante una sincera confesión de nuestros pecados, á la Soberanía y Santidad Supremas.

L. ALVAREZ MELLADO.

Jesús en la Granja de Getsemani.

«Et factus est sudor ejus, sicut gutta: sanguinis decurrentis in terram.» (SUC. CAP. XXII-V. 44.)

Después que Jesucristo, Señor Nuestro, cenó por última vez con sus discípulos, instituyendo el Augusto Sacramento de la Eucaristía, se trasladó con ellos al monte de las olivas; y habiendo llegado á dicho lugar les dice: «Orad para que no entréis en tentación». Se retira de tres de ellos, que le habían seguido un poco más lejos, á la distancia como de un tiro de piedra, y puesto de rodillas, exclama: ¡Padre mío, si es posible, aparta de mí este cáliz: no obstante, hágase tu voluntad, y no la mía! Y después de haber sido confortado por un Ángel, prosigue el evangelista San Lucas diciendo: «que cayó en una verdadera agonía y oraba con mayor intención»; «y en aquél momento fué cubierto de un sudor como de gota de sangre que caía hasta el suelo».

No han faltado quienes hayan rechazado la autenticidad de los versículos 43 y 44 de este capítulo XXII de San Lucas, fundándose en que no se hallan dichos versículos en algunos manuscritos antiguos; sin embargo nadie puede en el día negar dicha autenticidad, después de la definición del Concilio Tridentino; mucho más, cuando en las versiones más antiguas, como en la Ptolomé, en la Itálica y en los manuscritos mayúsculos de los siglos VII, VI y V y hasta en la del Sinai se encuentran.

Mas dejando aparte esta cuestión de la autenticidad, que ningún católico pone hoy en duda, suele discutirse entre los mismos acerca del hecho fisiológico del sudor de sangre.

¿Fué milagroso ó puramente natural? No seremos nosotros quienes nos atrevamos

á dar una contestación categórica, aunque sí expondremos nuestro parecer.

Es cierto, que en las obras de Fisiología no se menciona á la sangre entre los constituyentes del sudor, que sólo se compone de agua, sales, urea, ácido sulfúrico, indicios de materia colorante, substancias grasas y ácidos volátiles; pero teniendo en cuenta el papel predominante que en la secreción del mismo ejercen la circulación sanguínea y la invervación, ¿no se podría suponer que el estado de agonia, de terror, de angustia, la excitación nerviosa, la tensión en que todo el organismo del Divino Maestro se encontraba pudo producir una hipertensión vascular que diera por resultado el que aquel copiosísimo sudor fuese sanguinolento? No nos parece un absurdo el admitir esto, mucho más si se tiene en cuenta que una de las causas que más contribuyen á la trasudación de la sangre es la tensión que este líquido ejerce en la superficie interna de los vasos y los fenómenos de endosmose *centrifuga* que pueden verificarse á través de sus paredes; de manera, que todo lo que sea capaz de aumentar la tensión de la sangre, como la excitación en que suponemos al Divino Salvador, y de favorecer las corrientes endosmóticas centrifugas, aumentará la cantidad de plasma sanguíneo filtrado, y de consiguiente contribuirá, no sólo á que sean más abundantes los líquidos segregados, «*Decurrentis in terram*», sino que influirá también en la calidad de éstos. Por otra parte, las paredes de los vasos obran, bajo cierto punto de vista, sobre la parte de la sangre que los atraviesa, como verdaderos filtros, y así como éstos no permiten el paso á las disoluciones de albúmina, de almidón ó de goma, sino bajo una fuerte presión, así aquellos sólo dejan pasar el agua, algunas sales orgánicas y el azúcar cuando la tensión de la sangre es poca, pero cuando esta tensión aumenta se filtran también cantidades, más ó menos considerables, de otros principios de la misma; no siendo, por tanto, imposible, al parecer, el sudor de sangre.

Teniendo en cuenta estas consideraciones no es, pues, extraño, que Aristóteles afirmase en su libro 3.º «De Histor. animal. cap. XIX» que el hombre puede sudar sangre en un momento de angustia y excesivo terror, y que en las páginas 111 á la 207 de la Vie de Mgr. Rey se citen hechos semejantes, que parecen no haber tenido por causa más que un movimiento natural. Los mismos racionalistas se valen de este argumento para negar la Divinidad de Jesucristo, sin advertir, que este mismo padecimiento, siendo, como fué, voluntario, es la mayor prueba de la misma.

P. Bascanaña—Ramón P. de Yarga.

Los Navalmorales, 25 de Marzo de 1904.

INTERESANTE

No nos hubiéramos atrevido á mermar ni un mínimo espacio á nuestro número de hoy, consagrado á conmemorar el suplicio del Gólgota, sino fuese porque de conmemoraciones santas se trata también.

Su Santidad Pío X ha invitado al mundo á celebrar el Quincuagésimo Aniversario de la Inmaculada. El Emmo. Sr. Cardenal Primado, que sigue al Papa como la sombra al cuerpo, ha recogido la voz pontificia, haciéndola suya y transmitiéndola á los fieles, y como el Cardenal Sancho y sus ñeles no son sino una sola cosa, ¡qué hermoso espectáculo! allí han ido al Palacio Arzobispal, y en reunión presidida por el Ilmo. Sr. Obispo Auxiliar, el venerable Cabildo de Curas párrocos con todos los Presidentes y Mayordomos y Directores de todas las Asociaciones católicas establecidas en todas las Iglesias de Toledo, se han ofrecido á porfía, á su Prelado, y con tal entusiasmo, que puede asegurarse, desde ahora, que en los homenajes á la Santísima Virgen la Imperial Ciudad irá á la cabeza.

Aparte las solemnidades extraordinarias que en el mes de Diciembre tendrán lugar en la Santa Iglesia Catedral con inusitada pompa, porque en ello pondrá de cierto el mayor interés el Excelentísimo Cabildo, se celebrarán desde luego fiestas mensuales, de Pontifical en todas las Parroquias; Comuniones generales mensuales también en los días y en las Iglesias indicadas; Sermones, Academias, Certámenes, Peregrinaciones.... ¡Ah! á despecho de los judíos, el Salvador resucitó y vive: á despecho de dificultades y estorbos, la Iglesia católica se mueve y anda.

EL CASTELLANO, que es el último, el menos digno de los hijos de Jesucristo y de la Iglesia, ha querido, con todo, levantar acta de sus triunfos en Toledo el día en que se recuerda sus amarguras en Jerusalén.

Los detalles de solemnidades y fiestas vendrán luego.

IMPRESA VIUDA É HIJOS DE J. RODRÍGUEZ
SANTO TOMÉ, 23.—TELÉFONO 61.

¡Mujer! Verdadera Eva madre de todos los vivientes; se tú la vida y la esperanza de todos los pecadores, al pie de este árbol de la Cruz en que te encuentras; la Eva del Paraíso, al pie de otro árbol, el del bien y el mal, aceptó la muerte de sus hijos.

¡Mujer! Bendita entre todas las mujeres; te encomiendo a la humanidad entera para que vea en tí el arco iris a donde volver los ojos en las borrascas de la vida.

Porque tú fuiste elegida desde el principio para reparar conmigo el derruido edificio de la humana naturaleza.

Porque tú eres la escogida para derramar en su conciencia las gracias que le estoy mereciendo desde este ignominioso patíbulo.

Porque tú eres el arca santa donde dejó depositada la suma de verdades necesarias para la salud del mundo.

Porque tú eres la segunda columna del anchuroso puerto por donde han de pasar los mortales para llegar a la consecución de sus gloriosos destinos.

Porque en tí se completa el cuadro de la redención, antítesis del cuadro del Paraíso.

Porque tú eres y serás la luciente aurora que, replegando al occidente de las pasadas generaciones las sombras de la ley mosaica, alumbrarás las futuras, con los esplendores de la nueva ley que dejó promulgada.

Tú, representación y figura de la Iglesia militante, como depositaria que has sido de la verdad sustancial, sirve de modelo al mundo para que de tí aprenda que, perdonando, se gana a los perseguidores; sufriendo, se triunfa de los tiranos; rogando por ellos, se vence a los calumniadores, y apurando antes resignadamente el cáliz de la amargura, sobre la cima del propio Calvario, se adquiere la certeza de conseguir una dicha inefable.

¡Mujer! Es mi voluntad que desde este momento quedes constituida madre universal de los humanos representados en mi discípulo, ¡Mujer! ecce filius tuus.

JORGE BORONDO.

Dos Escuelas.

No se ha de confundir la escuela de la Cruz con la escuela del mundo, que es escuela de la carne. Un abismo separa ambas escuelas. Aquella es muy poco frecuentada, y ésta tiene innumerables discípulos y panegiristas. Las máximas que se aprenden en la primera, son diametralmente opuestas a las máximas de la segunda.

A conseguir lo que se llama *buna vida*, aunque no sea vida buena y se halle tejida de crímenes, aspiran los hombres carnales. Otro es el fin de los hombres espirituales, que quieren que su vida sea virtuosa, cueste lo que cueste, aunque sea arrojando la muerte, para lo cual quedan enclavados con Cristo en la Cruz.

En la escuela de la Cruz no hay más que un solo Maestro, Cristo; pero en la escuela carnal del mundo todos son maestros, aun los mismos discípulos. Y cuánto se han multiplicado estos maestros! El liberalismo, que no tiene doctrina ninguna más que la de la negación absoluta, ha sido el más fecundo de los sistemas para multiplicar los enemigos de la Cruz de Cristo. Y sabido es que, con la multiplicación de los ímpios, se multiplican las maldades, como enseñan los Libros Santos. Todos los adeptos del liberalismo, es decir, los que lo profesan conscientemente, son, según sentencia del Marqués de Valdegamas, corruptores ó corrompidos. Todos son enemigos declarados de las enseñanzas que da al mundo el Divino Maestro desde la Cátedra de la Cruz. Cristo, verdad eterna, dijo hallándose pendiente de la Cruz, que todo estaba ya consumado, todo resuelto, y el liberalismo se empeña en negarlo, pretendiendo volvernos a los tiempos que caen del lado de allá del Calvario.

Aun los mismos, que en estos días, tomando ocasión del gran misterio que se conmemora, emborronan cuartillas plagadas de blasfemias é inepticias para la prensa liberal y racionalista, y acuden al Templo para someter a su pedantesca y sacrilega crítica las pláticas é instrucciones de los predicadores de la divina palabra, son, en medio de su aparente reverencia al Mártir del Gólgota, como ellos suelen llamar a nuestro adorable Redentor, semejantes a la ímpia soldadesca del pretorio de Pilatos, que después de haber vestido de rey de farsa al Rey de reyes y Señor de los que dominan, le maltrataron con la misma caña, que á guisa de cetro, habían puesto en sus manos sacratísimas; le abofetearon y escupieron en su divino rostro, al propio tiempo que se arrodillaban ante Él y le saludaban diciendo: *Ave, rex judaeorum*. Tal es el progreso de los tiempos, retrogradar veinte siglos para darse la mano con los verdugos que crucificaron al Justo.

Pero la Cruz no es sólo Cátedra: es también tribunal. Lo dijo el Divino Maestro y Juez del mundo, precisamente al verificarse los dolorosos sucesos de su pasión santísima. «*Ahora*, declaró a sus discípulos, *se hace el juicio del mundo*». En la balanza de la Cruz puede el hombre pesar el valor de su alma, la excelencia de la gracia, la hermosura de la virtud y la fealdad del pecado. En la balanza de la Cruz se pesan todos los quilates de verdadero mérito que hay en las obras humanas. ¡En cuántas obras, aun de las que el mundo llama buenas, no habrá ni un solo quilate de verdadero mérito! Y ¿qué diremos de las que son malas, de las obras de la carne, como son la mayor parte de las obras humanas, obras inspiradas por la carne y por la sangre? Nos quejamos de que el mal cunda y se enseñoree de los pueblos, sin advertir cuánta liga de sensualidad hay hasta en las obras espirituales de muchas personas piadosas. Nos asusta la creciente invasión del libertinaje, y no tenemos en cuenta la responsabilidad que nos cabe por nuestra condescendencia con la molice de la época. ¡Cuán

nuestra pluma, y no lúgubre y espantosa realidad! Más quisiéramos cantar himnos de alabanza, que entonar tristes y desconsoladoras endechas. Pero sería cerrar los ojos a la luz de la evidencia el negar la gravedad del mal que padecemos.

La actual sociedad aún descendió a mayores ignominias que la educada por el grosero filosofismo de la enciclopedia. Es cierto que fué aquella una época *sin dignidad*, como dice un historiador (1). Es cierto que fué aquel siglo uno de los más amotinados contra Dios, como afirma otro (2). Es cierto que había entonces hasta ministros del santuario, que consideraban la moral como vulgar preocupación, y la religión como invento humano. Es cierto que reinaba la licencia en el mismo alcázar, donde tenían su asiento los poderes públicos. Es cierto que el desenfreno parecía haber llegado a su colmo. Es cierto que fué cabeza y jefe de aquel movimiento impío y sensual un hombre, en cuyo rostro se reflejaba el sello del anatema divino, como escribe De Maistre; un hombre, cuya frente abyecta jamás fué coloreada por el rubor; un



pocos son los que se aprovechan debidamente de las enseñanzas de la Cruz! ¡Cuán poco se teme el juicio de la Cruz!

Es cierto que la Cruz es virtud divina para los que se salvan; pues, aun cuando Dios quiere que se salven todos y lleguen todos al conocimiento de la verdad, no todos obtienen la salvación. Son muchos los llamados, y pocos los elegidos. El menor número es el que se conforma con la Cruz de Jesucristo. La inmensa mayoría sigue el impulso de dos sentidos, y no vive más que de pan, no vive más que de obras de carne. Los que más suelen invocar la razón, son los que de ordinario menos se guían por ella.

Desolada está la tierra, decía ya en su tiempo el Profeta Jeremías, porque no hay quien reflexione como es debido. No hay quien entienda, no hay quien busque a Dios con verdadero desinterés. Cada uno busca lo que conviene a sus miras terrenas, a sus deseos carnales. Se dirá que es sombrío el cuadro que vamos haciendo. No faltará quien moteje de exageradas, por lo menos, nuestras lamentaciones. Pero aún es más sombría la triste realidad que nos rodea. ¿No es la prudencia de la carne la que priva? ¿No es el saber de la carne el que hoy recibe todos los homenajes? ¿No se renuevan a diario los vergonzosos espectáculos del paganismo en circos y teatros? ¿No estamos viendo cómo se pisotea no sólo la dignidad humana, sino la dignidad del cristiano? La literatura, la filosofía, la política al uso ¿qué son sino monstruosos engendros de innobles apetitos? ¿No yergue su inmundada cabeza el vicio lo mismo en salones aristocráticos que en miserios tugurios? ¡Ojalá fuese nota pesimista la que brota de los puntos de

muerte, y no conduce más que a la muerte, a la muerte del cuerpo y a la muerte del alma. No puede haber bien donde falta la ciencia del alma, ni puede entrar la sabiduría en almas dominadas por el pecado. El mismo Voltaire, testigo de mayor excepción, porque lo sabía por experiencia, hubo de confesar que *un alma corrompida no puede ser sublime*.

Los hombres carnales de nuestros días, como los del siglo de la enciclopedia, no quieren padecer la persecución de la Cruz de Cristo. Huyen de ella, que es luz, para quedar sumergidos en las tinieblas de la sensualidad. Rien, cuando tienen muy graves motivos para llorar. Son peores que los mismos gentiles y judíos, pues, aunque es verdad que los judíos consideraban como escándalo el misterio de la Cruz, y los judíos le tenían por locura, nuestros regeneradores le miran con estúpida indiferencia, despreciando lo que constituye el fundamento del destino eterno de la humanidad. Desde los olímpicas alturas de su insigne vacuidad los flamantes *sabios* del materialismo no paran mientes en lo que servía de meditación a los más grandes entendimientos con que se honra nuestro linaje. Ignoran en absoluto el gran misterio de la redención humana. No saben que con la Cruz ha de juzgar a los hombres su Redentor. «*Hoc signum crucis erit in caelo, cum Dominus ad judicandum venerit*». Son dignos de compasión, y de ellos puede repetirse la oración que el dulcísimo Jesús dirigió desde la Cruz al Padre celestial, pidiendo clemencia para sus verdugos: *Perdonales, porque no saben lo que hacen*. Dichosos en cambio los que aprendieron a llevar la Cruz en la escuela de Cristo. Son aquellos a quienes el divino Maestro llamó bienaventurados en el sermón de la montaña, porque encontraron el camino único que conduce a la verdadera felicidad.

En la Cruz está la salud, terminaremos diciendo, con el Autor de la Imitación de Cristo; en la Cruz la vida; en la Cruz el gozo del espíritu; en la Cruz la suma virtud; en la Cruz está la perfección de la santidad.

¡Oh Cruz Santa! ningún árbol llevó jamás fruto semejante al que se ve pender de tus ramas ensangrentadas. Todo es dulce ahí, la madera, los clavos y el peso que sostienen. De la fruta de ese árbol, único de la vida, se alimentaron los Apóstoles y Mártires. De esa fruta divina participaron los confesores de la fe en todos los siglos cristianos y en todas las latitudes del globo. Con ese celestial alimento se fortalecieron las sagradas Vírgenes. Todas las generaciones incorporadas a Cristo se vigorizaron a la sombra veneranda de ese árbol sacrosanto, que todavía se mantiene enhiesto, aguardando a que todos los pueblos y todas las razas se agrupen a su alrededor para participar de la fuente de la vida, que en él está.

F. TRAPIELLO.

Toledo, Semana Santa de 1904.

El Hijo de Dios.

Ni aún desentendiéndose de todo lo que se relaciona con el orden sobrenatural, dejará de ser vano el intento de considerar al Cristianismo como una concepción, más ó menos afortunada, de la inteligencia del hombre. No ha habido, ni puede haber entre los descendientes de Adán una inteligencia capaz de concebir y de realizar obras tan maravillosas como la formación del Cristianismo y la fundación de la Iglesia, instituida por Jesucristo y sellada con su preciosísima sangre. Tanto ó más que en la creación del mundo de la Naturaleza hay que admirar la infinita sabiduría de Dios en la del mundo de la Gracia.

El Cristianismo, prescindiendo de la divinidad de su origen, sería siempre algo más que una simple concepción del entendimiento humano; el Cristianismo es un hecho, el de mayor resonancia y de mayor trascendencia que han presenciado las generaciones; un hecho notorio, evidente, palpable que tiene por centro la persona del Cristo, tal como nos le dá a conocer el Evangelio; un hecho, en fin, de abrumadora elocuencia que no puede negarse sin cerrar voluntariamente los ojos a la luz, sin incurrir en la nota de insensatez, sin rasgar una por una todas las páginas de la historia. Y los hechos, una vez conocidos, se aceptan como son, no como se quiere que sean.

«Sobre esta tierra que nos sostiene—ha dicho un profundo pensador—entre todos los hombres que por ella han pasado y dejado impresos sus huellas, hay UNO que vivió, habló y obró y fué visto y tocado: el lugar, la época y la duración de su existencia y los hechos principales que la dis-

(1) César Cantú.

(2) Menéndez y Pelayo.

tinguen, todo es cierto, preciso, positivo como el hecho que tenemos actualmente a nuestra vista. Dudar de la existencia y de los principales hechos de Sócrates sería locura; pues bien—añade con el testimonio nada sospechoso de J. J. Rousseau—*los hechos de Sócrates, de los cuales nadie duda, están menos atestiguados que los de Jesucristo.*

Y en efecto, la certidumbre de la persona de Jesús es infinitamente superior á la de Sócrates; no puede compararse con la de éste, ni con la de Alejandro, ni con la de César, ni con la de Carlomagno, ni con la de Napoleón; está mucho más arraigada en el corazón de la humanidad que la de aquellos genios cuya existencia se halle mejor comprobada por la magnitud de sus empresas ó por la influencia que ejercieran en el desenvolvimiento progresivo de las naciones y de los pueblos. Diecinueve siglos han transcurrido desde que el Verbo de Dios se hizo carne, según las palabras del evangelista San Juan, y nació humildemente en un portal de Belén, y puede decirse hoy que no ha desaparecido todavía de la tierra, que ocupa á todas horas el escenario de la vida, que se halla constantemente entre nosotros. Tal es el convencimiento íntimo, hasta de los más incrédulos, de la verdad de su existencia. Muchos millones de hombres dieron por Él su vida en los tiempos pasados y muchos otros están dispuestos á darla en los presentes; en todos los confines de la tierra desde el Oriente al Occidente, desde el Septentrión al Mediodía, hay quien se agita y se mueve ya para atacarle, ya para defenderle, y es, y será siempre, el objetivo primordial, por no decir único, de todas las discusiones, de todas las controversias y de los varios y encontrados afectos de toda la humanidad.

Cerrad para siempre, si es posible, el gran libro de la Historia; destruid todos los monumentos encargados de atestiguar la grandeza de los héroes, ó de perpetuar su recuerdo entre los hombres, y, andando el tiempo, quedará anulada ó oscurecida la certidumbre de los hechos de la vida de César, de la de Alejandro, de la de Napoleón etcétera, mientras que con monumentos y sin ellos la corteza de la vida de Jesucristo, la persuasión universal de su paso por el mundo, la memoria de sus grandes ejemplos durarán hasta la consumación de los siglos, porque van unidas á un hecho siempre vivo y siempre de actualidad como es el Cristianismo, que ha de resistir todas las persecuciones y ha de sobrevivir á todos sus enemigos, pues escrito está que las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia. Y son de tal naturaleza los caracteres determinantes de la existencia de Jesús, que entre todos los hombres de todas las edades y de todas las latitudes, innumerables como las estrellas del Cielo, únicamente á Él, al *Mesías prometido, al deseado de las naciones* pueden referirse, dándonos así el concepto más acabado, la idea más exacta de su Persona, y haciendo que las razones de uno ú otro orden que acreditan la realidad de su ser, sirvan al mismo tiempo para probar su divinidad.

Hay en la fisonomía moral de nuestro adorable Redentor, hay en el carácter de Jesucristo, tal como nos le representan las relaciones de los cuatro evangelistas, una perfección tan sublime y una superioridad tan incontestable, que no solamente eclipsa cuanto hasta entonces se conociera de más perfecto en la tierra, sino que excede inmensamente á todo lo que después, en el transcurso de los siglos, ha podido producir el deseo de imitarle ó de igualarle. Desde la hora de su nacimiento, pobre y humilde en un pesebre, hasta el instante supremo de entregar su espíritu al Eterno Padre en el afrentoso suplicio de la Cruz, en todos los lugares, en todas las ocasiones, en todas las circunstancias, mostróse al mundo como la Suma Bondad, como dechado de perfecciones infinitas. Por eso dijo con admirable exactitud el mismo J. J. Rousseau que *si la vida y muerte de Sócrates fueron las de un sabio, la vida y muerte de Jesús son las de un Dios.* Por eso también, cuando se rasgó el velo del templo, el sol se oscureció, la tierra tembló y los muertos resucitaron, el Centurión no pudo menos de exclamar: *Verdaderamente este era el Hijo de Dios.*

JUAN G. CRIADO.

La barca de Jesucristo.

Seguido Cristo de muchedumbre que le presenta sus enfermos y Él los curaba, le clama, aquella gente, por Salvador y publica

su poder. Jesús, deseando por humildad verse libre de sus aplausos, ordena á sus Apóstoles tomen dos barcas para pasar al otro lado de Genesareth: Jesús entra en una barca y sus discípulos le siguieron. Aquella multitud coge los barcos disponibles, y animados por los prodigios que á su vista acaecían, van tras la barca de Jesús. Los vientos se desencadenan y el vendaval sopla destructor, el relámpago y el trueno causan espanto y terror que es aumentado por el mugido del mar, las olas se asemejan á montañas y los barcos, juguetes de las aguas, principian á zozobrar, pues perdieron el timón, las velas se rompieron, las antenas fueron deshechas y el agua penetró en el barco. No sólo la barca de Cristo estaba á punto de perecer en las turbulentas aguas del mar de Tiberiades, sino del mismo modo aquellas pobres gentes que, su gestionadas por su palabra, en sus barcos procuraban efectuar la misma travesía. Todos están angustiados, la situación era de gran apuro; los hombres de ánimo esforzado y acostumbrados á los continuos peligros, sienten que su vida terminará pronto y en lo profundo de las aguas encontrarán su sepultura. Jesús, por el contrario, no ha participado de las impresiones de aquellos navegantes; no ha tenido delante de los ojos el espanto, el terror de los compañeros de navegación; no ha oído el llanto y los clamores en que prorrumpían los pasajeros de las naves que tras su barca habían principiado á caminar. ¿Qué es, dulce Jesús, lo

que experimentas, que no sufres cuando tantos sufren? ¿Es por ventura tu alma insensible á los trabajos del hombre? ¿Cómo se halla tu espíritu que no conoce las situaciones violentas que te rodean? ¿No vigilas para librar á aquellos entusiasmados peregrinos de los peligros que les cercan? Los evangelistas San Mateo, San Marcos y San Lucas que refieren este episodio prodigioso de la vida de Jesús, nos resuelven las dudas que pudiera concebir nuestro espíritu acerca del estado psicológico de Nuestro Divino Maestro, San Mateo dice: *más Él dormía.* Jesús no hubiera dormido tan profundamente, á no ser para el bien de los hombres. Este sueño les probaba la verdad de su humanidad y que era superior al hombre y por ello nada temía en los mayores peligros. Los discípulos, asustados porque las ondas del mar embravecido cubrían la nave, se llegan á y le dicen: *Salvamos que perecemos.* Los Apóstoles son reprendidos por Jesús, han sido testigos de obras maravillosas, han visto con sus ojos y tocado con sus manos los milagros sin cuento que Jesús ha ejecutado; han debido aprender que su Maestro no es un hombre como los demás hombres, en Él hay un poder más excelso, de una potencia asombrosa, y sin embargo los Apóstoles, aunque participando de una fe imperfecta, según lo confirma que se aproximan á Jesús y le despiertan, para pedirle los salve, no han comprendido la grandeza de Cristo.

Jesús con mucha más razón, que César dijo al barquero que levantada una tempestad estaba acobardado cuando le llevaba á él en su barco, *por qué temes, llevas á César,* pudo argüir á sus discípulos con estas admirables palabras: *¿Qué teméis hombres de poca fe? Sublimas aseguran los hombres elocuentes que fué la frase de César; pero ninguna comparación hay entre las palabras de un hombre, que por muy grandes que fueran los dones de su entendimiento y voluntad y su poderío en el pueblo dueño de muchas naciones, el pueblo romano, ni en las aguas, ni en el aire tenía ningún dominio, ni podría en el senado contener el puñal de Bruto y Casio sus asesinos, y las que pronunciara Cristo en el mar proceloso de Tiberiades; porque poniéndose de pie manda á los vientos y á la mar que cesen de bramar y se sosieguen, y al momento una gran bonanza se siguió, y si muere violentamente á manos de foragidos, es porque quiso, pues una sola palabra bastó para que los que fueron á prenderle cayeran en*

tierra. La alegría inmediatamente tendría posesión en el ánimo de los casi naufragos del mar de Tiberiades, poco antes esperaban la muerte entre la agitación de las olas, y un momento después tienen la seguridad de conservar la vida en la superficie plana y serena de aquellas aguas. Parecía que aquella turba después del milagro le hubiera reconocido como á Dios, porque hechos de tal naturaleza exceden las fuerzas humanas; pero el Evangelio de San Mateo nos enseña, que *se admiraron y decían: ¿Quién es éste, que los vientos y la mar le obedecen?*

Este es Dios á quien obedecerán las Naciones cuando voluntariamente muera en la Cruz. La Cruz es la barca de Cristo. En ella se colocarán navegantes de todos los pueblos. En ella harán el pasaje hombres de todas las edades y de toda la tierra, sin que recelen el naufragio. Nada importará que las olas se eleven á una altura incommensurable, que la nave esté casi sepultándose en lo más profundo del abismo. Jesucristo va en ella, y dice: *¿Qué teméis, hombres de poca fe? ¿No sabéis que cuando aquellos hombres criminales, más aún, decididos, porque de su parte pusieron acción propia para darme muerte, ¿no sabéis—decía—que cuando los judíos me daban muerte en la Cruz, todo se conjuró contra mí, los cielos á quien clamé, y no me oyeron; la tierra á quien di voces, y no escuchó mis lamentos; el aire á quien pedí no me faltara para la vida, y me negó su socorro; á los judíos quería mover á compasión y fueron más duros que las piedras, que se abrieron, que el sol que se oscureció, que los muertos que resucitaron? Hasta mi Padre me abandonó, y por más que grité, cuando otro hombre no hubiera tenido alientos para pronunciar una palabra después de derramar tanta sangre y llevar tanto tiempo en la Cruz: yo miraba á mis discípulos y me habían dejado. ¿Qué Iglesia era la mía, sólo en la Cruz y muriendo en una forma afrentosa? Pues habéis de saber que mi barca no zozobró, que si algún tiempo no se ofreció á las miradas del pueblo, fué para después salir más vigorosa en mi Resurrección.*



Cristo nos puede decir en toda ocasión: *¿Qué teméis, hombres de poca fe? Creéis que mi barca, la Cruz y la Iglesia, puede algún día ser cubierta por las olas que la destruyan? ¿Nada aprendéis en la historia de mi Iglesia? ¿Los mártires muertos por los perseguidores romanos, no os patentizan que en las batallas que sostengo contra mis enemigos salgo siempre triunfador?*

¿No os causa asombro las luchas doctrinales contra los herejes de los siglos siguientes á la paz de Constantino? Mi barca no se sumergió y las palabras del gran penitente prueban lo sobre seguro de la marcha en medio de las borrascas que destruyeron hasta los imperios. El mundo se asombra de verse arriano, exclamó San Jerónimo, pero mi barca, la Iglesia, definió la doctrina verdadera, y la barca sosegó la tempestad. La barca de Cristo no se hundió, á pesar de Mahoma y del protestantismo, tampoco se sepultó entre las aguas del mar agitado de Europa, movidas por las armas victoriosas de Napoleón. Pío VI murió en el destierro, más de seis meses transcurrieron hasta la elección de Pío VII, ¿quién, entonces, no juzgaría que el Pontificado, la barca de Cristo había sucumbido?, y sin embargo no fué así, porque Cristo nunca abandona la barca, y si después Pío VII sufrió grandes persecuciones, su barca no pereció. Mientras el dominador de Emperadores, Reyes y pueblos murió prisionero en Santa Elena, y de sus grandezas poco ha quedado á su familia. En la barca de Cristo, la Cruz y la Iglesia, está escrito. *Tú eres Pedro, y sobre esta Piedra fundaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán con ella.* En la lucha continua que ahora se ve envuelta la Iglesia, no hay que temer, la victoria será suya, aun sin apoyo de ninguna potestad terrena. Dios dispondrá los acontecimientos de tal manera, que las tramas de los enemi-

gos la proporcionarán el triunfo, y la barca siempre permanecerá intacta.

ANACLETO HEREDERO.

La gran Profecía.

«Cuando yo fuere levantado de la Tierra, lo atraeré todo hacia mí.»

S. JUAN, XII.»

De todos los testimonios que presenta el Cristianismo para demostrar su verdad y su poder, uno de los más eficaces ante el alma racional es el cumplimiento de las profecías. La verdadera profecía tiene siempre estampado el sello de lo milagroso; y como que para que exista el milagro es indispensable la intervención directa de Dios, de aquí que la realización de esos vaticinios lleve al entendimiento una prueba terminante de la divinidad de aquella creencia.

Pero en este medio de patentizar Dios al hombre el signo divino en su fe y en su doctrina, se advierte una distinción capitalísima entre las palabras de los Profetas y las palabras del Salvador. En aquellos el vaticinio tiene un carácter singular, parcial y como localizado; en Cristo la profecía se engrandece, se agiganta, y en la generalidad de los casos reviste carácter social, universal y permanente, como que su cumplimiento no está reducido á un tiempo determinado, sino que se extiende á todos los venideros tiempos, y está encomendado á todos los hombres, así á los hijos fieles de Dios como á sus más rencorosos adversarios. La profecía de Malaquías, de que Jesús había de nacer en Belén; la de Daniel, anunciando sucedería esto pasadas las setenta semanas de años, y muchas más, se cumplen de una sola vez, en determinado momento; las expuestas por el Salvador sobre la indefectibilidad de su Iglesia, sobre la dispersión de los judíos, y otras, se realizan sin interrupción en la larga serie de los siglos. A la enunciación de aquellas la incredulidad puede apelar á vanos sofismas para desmentirlas ó rechazarlas; ante la realidad de éstas, cuyo cumplimiento han visto multitud de generaciones, y que todos los tiempos presencian, el entendimiento más rebelde se convence, la razón más obstinada se humilla.

Entre las profecías con las cuales el Maestro quiso demostrar á los judíos cómo patentizar á todos los hombres que era el enviado del Padre, el verdadero Hijo de Dios, una de las más notables y que las sociedades todas contemplan su cumplimiento permanente, es aquella en que el Salvador se presenta como centro á donde el universo ha de converger el mundo todo. «Cuando yo fuere levantado de la Tierra, lo atraeré todo hacia mí.—dijo—; y nada más evidente que el cumplimiento de este vaticinio.

En efecto: todo el furor del infierno, todas las desesperaciones de la tierra, todas las iras, todas las soberbias, todos los odios tienen por blanco principal á Jesucristo. La impiedad dirige sus armas, en primer término, contra la augusta personalidad del Divino Mártir, rechazando su ley, negando sus milagros y blasfemando contra su nombre bendito; las herejías luchan en tremendo combate por destruir su grandeza, rebajar su dignidad, abatir su poder y degradar y envilecer y substituir sus admirables doctrinas; la falsa ciencia intenta, por cuantos medios la inspira el espíritu del mal, y valiéndose de todos los sofismas, de todos los empirismos y de cuantas facilidades encuentra su rencor, anular la creencia en un Dios personal y vivo, derruir el edificio de la Revelación, separar á la humanidad del Supremo Ser, y envilecer y materializar y degradar todo cuanto se refiere á Dios, todo cuanto se relaciona con Jesucristo; las pasiones más rastreras y más viles se desencadenan furiosas contra la sacratísima Persona, intentando borrar su imagen purísima del corazón del hombre y de la conciencia de los pueblos; la indiferencia niega á Cristo su acción en el individuo y su intervención en la sociedad, pretendiendo desviar al mundo de los principios cristianos y de las verdades evangélicas. Todas las fuerzas malvadas de la tierra, todas las potencias protervas del abismo se conjuran y se unen para luchar contra el Verbo Divino. La Filosofía moderna asesta sus más terribles armas contra Jesús; las ciencias físico-naturales emplean sus esfuerzos más potentes en socavar el edificio que levantó Cristo; la Historia desfigura la vida del preclaro Mártir, manchando con la baba de la impostura y de la calumnia su santa existencia; las bellas letras, hacia Jesús, encaminan su encono; contra Cristo levantan la bandera de rebelión; en el odio á Cristo inspiran sus obras de impureza; en suma, todo cuanto hay en la tierra de malvado, todo cuanto hay en el mundo de podredumbre y corrupción, todo cuanto